

Diálogo dentro de la Iglesia

José C. Ayestarán, S. J.

Siempre ha sido necesario el diálogo entre los hombres, pero lo es particularmente en el mundo moderno. Un pluralismo ideológico, político, económico... y aun religioso ha invadido la mentalidad moderna y la ha fraccionado. Los modos de pensar y actuar son cada día menos homogéneos. La situación espiritual, humana y religiosa va siendo cada vez más personal y singular. Por otra parte, como una de tantas antinomias y contradicciones humanas, en un proceso de socialización, invade todo una psicología de masas que se deja configurar y guiar desde fuera. Las ideas y actitudes más extrañas encuentran multitud de simpatizantes. Con el advenimiento de la industrialización y el urbanismo, las tradiciones ancestrales, familiares y sociales se van extinguiendo para dar paso al vertiginoso cambio de las modas en todos los órdenes de la vida. Nuestra época no está caracterizada por un simple cambio evolutivo, sino por una ruptura con el pasado. El progresivo acercamiento de culturas, religiones y estilos de vida produce una gran confusión y desorientación, sobre todo en mentalidades no suficientemente preparadas para su asimilación. Por eso el hombre moderno siente profundamente la necesidad de un verdadero diálogo. Una simple mirada sobre la vida de los hombres observa fácilmente los esfuerzos pacientes que se están haciendo en todos los órdenes para llegar a una convivencia más humana. El medio empleado por todos es el diálogo.

Por su parte la Iglesia, que quiere estar presente en el mundo actual, es muy sensible a esta realidad. Busca sinceramente el diálogo con el mundo, con las otras religiones y aun con las religiones no cristianas. El diálogo es su consigna. Poco a poco se va iluminando su conciencia con esta luz. Acepta con dolor que todavía le esperan muchos esfuerzos para salir de su posición aislacionista, para presentarse más sencilla, humilde y abierta, para dar, en todos los niveles y en todos sus miembros, el paso

del "anatema" al "diálogo". Pero esta necesidad de diálogo no le proviene inicialmente de su contacto histórico con el mundo, sino de su propia estructura, en la que se ha encarnado la Palabra de Dios, que quiso abrirse a los hombres iniciando el diálogo. Esta Palabra viva, por la acción del Espíritu, es la que la impulsa al diálogo, primeramente, con todos los miembros del Pueblo de Dios. En el Concilio Vaticano II se expresa así: "Lo cual requiere, en primer lugar, que se promueva en el seno de la Iglesia la mutua estima, respeto y concordia, reconociendo todas las legítimas diversidades para abrir, con fecundidad siempre creciente, el diálogo entre todos los que integran el único pueblo de Dios, tanto pastores como fieles." (La Iglesia en el mundo actual, N° 92, b.)

Sobre la necesidad y naturaleza del diálogo tenemos una doctrina autorizada en el Concilio Vaticano II y una encíclica especial sobre el diálogo: *Ecclesiam suam*, de Paulo VI. Limitaremos nuestras reflexiones sobre algunos aspectos particulares del diálogo dentro de la Iglesia.

Participación y diálogo

Es un valor reconocido por todos la libertad humana responsable. Esta lleva consigo una participación activa en el planteamiento y solución de los problemas. Esta participación implica, a su vez, necesariamente, un diálogo sincero y comprometido. La Iglesia lo ha entendido así en su doctrina más autorizada. No se puede ser cristiano integral sin serlo plenamente eclesial. Pero esto supone una participación activa de pastores y fieles en los diversos niveles de la vida de la Iglesia. Ninguno debería sentirse en el seno de la Iglesia como simple "objeto" de las atenciones apostólicas de algunos responsables por oficio. Todos aspiran a ser verdaderos "sujetos" activos con participación responsable en la misión de la Iglesia. Esta sana tendencia, que brota de la misma dignidad de la persona humana y cristiana, exige un verdadero diálogo entre los miembros del pueblo de Dios.

Difícilmente se tolerará por más tiempo, en una Iglesia auténticamente viva, la existencia de una mentalidad totalitaria y absolutista que suplante desde arriba, con una verticalidad dominante, las decisiones responsables ajenas. Si fijamos la mirada no en la doctrina sabia y adaptada de la Iglesia del Magisterio, sino en la práctica que está a la vista, tal vez no sea inexacta la constatación de muchos católicos de que ciertos métodos absolutistas mantienen aún su existencia anacrónica dentro de la Iglesia Católica. El Concilio ha sido consciente de esta realidad y está exi-

giendo de todos una revisión seria de la presencia de esta mentalidad. Son ejemplos claros de esta revisión: la reforma del antiguo Santo Oficio, la abolición del Index como tal, etc. Naturalmente, la Iglesia Católica seguirá siendo siempre, por institución divina, una Iglesia jerárquica y esto implica, entre otras cosas, obediencia sincera en la fe a los pastores. Pero, con todo, cada día se ve más injustificado el confundir la autoridad jerárquica con el poder y la mentalidad absolutistas de los tiempos pasados. Estas reliquias ya no se veneran ni se respetan en la Iglesia de hoy. La Iglesia que se profesa radicalmente independiente de las culturas históricas y sus formas de gobierno debe seguir adelante, renovándose y adaptándose, peregrina en la historia.

La Iglesia no tiene hoy el dominio de antaño sobre los múltiples aspectos de la vida privada y pública de los hombres. En otras épocas del cristianismo, el pertenecer a la Iglesia era pertenecer a la sociedad; e inversamente, el salirse o ser excluido de ella era quedarse al margen de toda vida social, económica, política, de la sociedad. Hoy en día son muy distintas las circunstancias. Se puede prescindir de la Iglesia y, sin embargo, gozar plenamente de todos los bienes de la sociedad, porque ésta se construye al margen de la Iglesia. Por consiguiente, si todavía hay católicos que se mantienen dentro de ella, será a condición de que se les reconozca el derecho a una participación real en ella. Asimismo, si hay católicos que alaban o critican a la Iglesia desde dentro, no tiene más explicación que su fe y amor hacia ella, y no sería nunca fruto de una coacción moral de la sociedad como, por desgracia, ocurría. Esta es una razón más para que se fomenten la participación y el diálogo dentro de la Iglesia.

Diálogo dentro de la Iglesia Jerárquica

Dada la estructura jerárquica de la Iglesia de institución divina, las responsabilidades en la participación y, por consiguiente, el diálogo tienen características peculiares. El pueblo de Dios se compone de pastores y fieles; más específicamente, de jerarquía, clero, religiosos y seglares. Los respectivos campos de sus atribuciones no quedan definidos, sola y principalmente, por una mera competencia humana, sino por las exigencias que dimanan de su misma estructura jerárquica. Por esta razón, para un diálogo cristiano dentro de la Iglesia no todos tienen la misma autoridad jurídico-divina o eclesiástica, aun cuando la competencia científica doctrinal no siempre corresponda al grado de

autoridad legítima que se posee. Los Pastores son los guías autorizados por Cristo para la conducción del Pueblo de Dios.

Sin embargo, como es obvio, de aquí no se sigue que las autoridades superiores puedan decidir muchas cuestiones doctrinales y pastorales prácticas sin haber escuchado antes en un diálogo comprometido a los que pueden y deben decir algo. Naturalmente, tampoco se sigue que todos puedan, indiscriminadamente, propalar sus propias ideas dentro de la Iglesia, como si no existiera ninguna autoridad competente, erigiéndose a sí mismos en jueces absolutos. Esta última posición es considerada hoy como muy peligrosa. Con todo, sería cosa de preguntarse si no es una reacción (exagerada seguramente) a una Iglesia en la que la virtud de la prudencia ha sido falseada por el oportunismo, convertida en precaución que no dice más que lo que es "oportuno", es decir, lo que agrada a ciertas personas más prominentes. Se ha olvidado tal vez durante mucho tiempo que en el Nuevo Testamento este género de precaución ha jugado un papel mínimo, mientras que la sinceridad tiene una gran importancia.

La autoridad jerárquica de la Iglesia tiene, entre otras cosas, la responsabilidad máxima de guardar y transmitir incorrupto el depósito de la revelación. Esto implica una doctrina autoritativamente definida en dogmas y en otras enseñanzas que se juzguen necesarias. Sin embargo, es cosa sabida que aun los mismos dogmas son susceptibles de nuevas formulaciones, manteniendo siempre intacto su contenido. Más aún, toda la Iglesia, pastores y fieles, progresa continuamente hacia una mayor comprensión de su doctrina, estimulada en parte por las situaciones históricas en las que le toca vivir. Todo esto significa que se deja un campo amplio para la investigación y el diálogo entre los peritos, más amplio de lo que se venía creyendo. Según el sentir de muchos teólogos, la Iglesia Católica anda con retraso, no precisamente —según ellos— por falta de inteligencia y ardor para el trabajo, sino por falta de libertad en la investigación y en el diálogo. De hecho, la Iglesia va dejando en mayor libertad a sus teólogos.

Prescindiendo del aspecto estrictamente doctrinal, el campo de discusión y diálogo es mucho más amplio en lo pastoral. Porque la Iglesia se ha entregado a la tarea del "aggiornamento", se ve deliberadamente envuelta en una crisis profunda de sus instituciones, de su organización, de la libertad y misión real de todo sus miembros dentro de la Iglesia y en el mundo, de su actitud para con los pobres... Es plenamente consciente de que esta renovación no es posible sin un verdadero diálogo comprometido, que es aún más urgente en las instituciones

temporales que todavía mantiene por razones de apostolado. En la medida en que la misión evangelizadora de la Iglesia se hace más presente en las instituciones temporales, crece la necesidad del diálogo.

Existirá siempre una tensión dialéctica en el seno de la Iglesia jerárquica entre la autoridad y la libertad cristianas. Es muy fácil caer en apreciaciones deficientes al querer valorar, desde una mentalidad actual, las concreciones históricas pasadas de esta tensión. Pero es más fácil señalar lo que hoy no es ya de actualidad. En este sentido se puede afirmar que, si bien en el pasado admitió en sus instituciones y comportamiento cierta mentalidad y métodos absolutistas —ciertamente, sin pertenecer a su esencia—, hoy no puede continuar en la misma forma. En un mundo de mentalidad cada vez más democrática, la Iglesia no puede menos de aceptar ciertas formas institucionales y comportamientos que respondan a los tiempos actuales. Y un elemento esencial de los tiempos modernos es el diálogo.

Formas del diálogo dentro de la Iglesia

La complejidad de la vida cristiana dentro de la Iglesia, que pretende estar en el mundo, exige un diálogo multiforme. Nuestras reflexiones se reducen a tres puntos: diálogo en privado, diálogo en la opinión pública de la Iglesia y diálogo organizado e institucionalizado. Nos limitaremos a algunas observaciones sueltas.

1) Diálogo en privado.

Sería casi imposible detallar las cualidades y la diversísima gama de modalidades que puede revestir el diálogo en privado. Aquí interesa, sobre todo, hacer algunas observaciones en cuanto este diálogo se distingue del diálogo en la opinión pública de la Iglesia y es base de todo compromiso serio.

Este diálogo en privado se caracteriza precisamente por su índole más o menos secreta, directa e inmediata. Todos sabemos que esta privacidad es hoy en día más acosada por la cámara indiscreta de los agentes de la opinión pública. No están previamente trazadas las líneas de discreción o indiscreción que aseguran su relativa privacidad. Y siempre será un arte de verdadera prudencia (¡cristiana!) la combinación de lo privado y lo público.

Por una parte, no hay institución humana que esté tan atada por el secreto de las conciencias. La Iglesia guarda, hasta heroicamente, una gran confidencia. Además, hay muchos asuntos privados por su misma naturaleza. Otros re-

querirán la agilidad y rapidez de un contacto personal e inmediato. Estas cosas son evidentes para todos.

Pero, por otra parte, no cabe duda de que se está cayendo en el abuso del secretismo. Cadía se ve menos claro que haya razones válidas para que muchos asuntos se mantengan en secreto o sean tratados con métodos misteriosos. El interés, más o menos general, por esos presuntos "asuntos privados" no es una mera curiosidad. Hoy todos tienen demasiadas cosas para entretenerse. Si todavía hay personas que como católicos muestran interés por conocer ciertos asuntos "privados" y participar activamente en ellos, es porque afectan vitalmente dentro de la Iglesia. El secretismo fomenta fácilmente la confidencia aduladora, la hipocresía de múltiples caras, la diplomacia no tan limpia. Hay cosas que temen la luz, y no precisamente para el bien de la Iglesia. Aun prescindiendo de estas desviaciones, muy posibles entre los hombres, con la mejor buena voluntad y con penosísimo trabajo, el secretismo impone cargas que si se compartieran con otros serían mucho más llevaderas. Pensamos que ciertas puertas cerradas se podrían abrir a un diálogo más comunicativo.

El diálogo en privado sigue siendo, sin embargo, la base de una mayor comprensión mutua y origen de muchas decisiones cristianamente comprometidas. Pero, desgraciadamente, resulta muchas veces poco comprometedor. Un verdadero compromiso exige salirse del foro privado y tomar abiertamente posturas definidas. Hoy se desconfía totalmente de los "resultados" cocinados en el anonimato. Se quieren ver posturas personales diáfanas y comprometidas. Por eso, aunque el diálogo en privado sea la única forma apropiada en muchos casos, tiene sus límites y debilidades que deberán ser superados por un auténtico diálogo en la opinión pública de la Iglesia.

2) Diálogo en la opinión pública de la Iglesia.

No estará de más comenzar estas reflexiones con las palabras del gran Papa Pío XII: "Finalmente, Nos querríamos todavía añadir una palabra referente a la opinión pública en el seno de la Iglesia (naturalmente, en materias dejadas a la libre discusión). Se extrañarán de esto solamente quienes no conocen a la Iglesia o quienes la conocen mal. Porque la Iglesia, después de todo, es un cuerpo vivo y le faltaría algo a su vida si la opinión pública le faltase; falta cuya censura recaería sobre los pastores y sobre los fieles." (Prensa y Opinión pública, N° 22, pág. 974; en Doctrina Pontificia, BAC, II, Documentos Políticos.)

Esta noción de opinión pública de la que habla el Papa vale tanto o más para las iglesias locales como para la Iglesia

universal. ¿Existe entre nosotros una verdadera opinión pública en el seno de la Iglesia? Y, sobre todo, ¿existe un verdadero diálogo en esta opinión pública? El Magisterio autoritativo y oficial de la Iglesia, universal y local, no entra en el campo de la opinión pública en la medida en que se aleje de las materias opinables. Si además esta opinión pública de la Iglesia se la separa de la gran opinión pública secular, ¿se puede seguir hablando entre nosotros de una verdadera opinión pública que refleje el cuerpo vivo de la Iglesia?

Aun con el riesgo de emitir una apreciación poco matizada, quisiera aventurarme a una respuesta. Comencemos por distinguir esta opinión pública en explícita e implícita. La primera está formulada en toda expresión, hablada o escrita, que supera el foro relativamente privado y salta al dominio público en la prensa (diarios, periódicos, revistas, etc.) o en intervenciones a través de los medios audio-visuales de comunicación. Asimismo, pertenecen a la opinión pública dentro de la Iglesia, reuniones, encuentros, etc., cuya agenda es de carácter público. En cuanto a esta opinión estrictamente pública, tenemos la impresión de que es francamente insuficiente, a pesar de que la abnegada y benemérita labor de unos pocos hace esfuerzos cautelosos por mantener viva la llama.

Como opinión pública implícita es considerada aquí esa impresión vaga de una conciencia colectiva que recoge toda una serie de hechos, actitudes, actuaciones, etc., de hombres más o menos públicos que, provocando reacciones y opiniones de tipo general por responder a hechos que están a la vista, nadie los eleva a la opinión pública explícita de la Iglesia. La existencia de este hecho es tangible, y la desproporción entre las dos "opiniones", chocante. Urge, por tanto, la obligación de un trabajo sincero y audaz por exponer esa opinión latente a la luz de la opinión pública explícita dentro de la Iglesia.

Pero para esto hay que superar la temible barrera de las "imprudencias" erigida sólidamente por la gente de buen gusto y amiga de la diplomacia. La libertad de expresión que alimenta la opinión pública de la Iglesia debe estar animada por la libertad cristiana. La finura de ésta no puede coincidir muchas veces con la libertad con que se expresan las ideas en la gran opinión pública del mundo. Pero los excesos no pueden ser conjurados por otra mentalidad abusivamente timorata y represiva. Los abusos, deplorados por Paulo VI y otros muchos, no parecen tener, por ahora, mucha actualidad entre nosotros, sino para mentalidades igualmente deploradas. Por eso es necesario superar en la opinión pública de la Iglesia el monólogo que, sin antenas para escuchar a los demás,

vierte sus propias ideas como la última palabra. El que dialoga comienza por escuchar, aunque no precisamente con el ánimo inquisidor de descubrir las deficiencias ajenas y lanzarse a una "polémica" estéril, faltando muchas veces a un elemental respeto no sólo a la opinión ajena, sino a la dignidad de la persona humana. Están de sobra las amenazas cuando se puede dialogar.

Es muy fácil creer que existe una opinión pública dentro de la Iglesia donde se da una crítica despiadada y demolidora. El que proceda con un ánimo amargo de criticar a la Iglesia no está buscando el diálogo. Pero, sin embargo, también la Iglesia necesita de una sana crítica en su opinión pública, aun cuando algunas veces no sea fácil discernir su oportunidad, su objetividad y mucho menos las intenciones que la motivan. Más aún, es necesario que ciertas irregularidades y abusos o simplemente actitudes desadaptadas que hieren la opinión pública implícita de la Iglesia, sean puestas a la luz pública y cristianamente criticadas. Esta crítica constructiva está exigida por el verdadero diálogo. Y todos sabemos que no siempre basta el diálogo en privado, aunque sea siempre el primer paso. Podemos repetir aquí las palabras de Pío XII: "Se extrañarán de esto solamente quienes no conocen a la Iglesia o quienes la conocen mal." Siempre habrá quienes se escandalicen y se rasguen las vestiduras, tal vez porque siguen viviendo de un triunfalismo rechazado abiertamente por el Concilio. Siempre habrá también quienes interpreten cualquier crítica a la Iglesia como desacato, atentado o rebeldía contra las autoridades, como si éstas se identificaran con las instituciones que tal vez representen. No faltarán tampoco personas para quienes una simple divergencia de opinión será un divisionismo pernicioso en la Iglesia y ajeno a la unidad y a la caridad cristianas.

Al escribir estas líneas no se puede menos de hacer alusión a la situación de nuestra juventud católica en el seno de la Iglesia. La juventud es generalmente exaltada, intolerante, etc., etc. Pero es muy doloroso constatar que una juventud que tanto tiene que decir en el mundo, privada y públicamente; que está celosa por que nadie le usurpe desde arriba su propia responsabilidad en la participación activa, apenas se haga sentir en el seno de la Iglesia. Los partidos políticos pueden medir su éxito o fracaso por el número y la calidad de su juventud. En la Iglesia, que tiene un genuino espíritu juvenil, ¿dónde está la juventud? Más aún, los pocos que captan el sentido profundamente cristiano de su existencia sienten una verdadera repugnancia en verse identificados con la imagen que los adultos presentan de la Iglesia. La Iglesia no tiene un verdadero diálogo con la juventud.

3) Diálogo organizado dentro de la Iglesia.

Finalmente, la tercera forma de diálogo dentro de la Iglesia es el diálogo organizado y hasta institucionalizado. Este tipo de diálogo, que es complemento de las dos formas anteriores, supone una amplia base organizativa. No cabe duda de que en este campo la Iglesia está haciendo un gran esfuerzo: la reforma de la Curia romana con la participación regular de algunos obispos locales en el gobierno central de la Iglesia, la creación de la Conferencia episcopal latinoamericana (CELAM), las conferencias episcopales regionales, el senado diocesano de sacerdotes, las juntas nacionales y diocesanas de apostolado, múltiples comisiones especializadas, locales, nacionales e internacionales, etc. Por su parte, los religiosos y religiosas han creado sus respectivas federaciones nacionales, promueven contactos con la Jerarquía, clero y seglares, fomentan las reuniones de diálogo comunitario, etc. Los seglares se agrupan en diversas organizaciones... En fin, se promueven congresos, convivencias, círculos de estudios... Sin duda, todo este aparato organizativo es un cauce necesario para que pueda darse un diálogo realmente organizado.

Pero cabe preguntarse si todo este organismo no es un gran esqueleto, si realmente existe en él un espíritu vivo de diálogo. Mientras este espíritu no anime todo este aparato organizativo, tendremos vida solamente en el papel. Por otra parte, una participación seria y activa no puede darse donde los miembros se hallan presentes por una graciosa invitación o para una simple consulta, tal vez de cortesía. El funcionamiento honesto de estos organismos exige, en muchos casos, que la participación de sus miembros haya sido fijada en estatutos y reglamentos; es decir, que haya sido institucionalizada. Así podría superarse la ingrata impresión de la inutilidad de tantas reuniones que se efectúan en buenas palabras o no son tomadas en consideración las aportaciones de los participantes. Tal vez marcharan las cosas de modo distinto si la opinión pública de la Iglesia pudiera apreciar el funcionamiento de estos organismos.

Conclusión

Ni se puede ni se ha querido decir todo. Pero hemos intentado señalar una necesidad sentida por muchos. El gran cambio de actitud exigido hoy por la Iglesia se condensa sustancialmente en esta actitud de diálogo. No se ha querido lanzar la primera piedra, creyéndose a sí mismo justificado. Si hay deficiencias, todos somos culpables: pastores y fieles. Así lo dijo Pío XI y lo repite el Concilio. Ojalá demos sinceramente el paso que se nos exige.